

Alfonso en "El Ciervo"

Dedicamos gran parte de este número al recuerdo de Alfonso Carlos Comín Ros, que murió el 23 de julio, cuando iba a cumplir cuarenta y siete años.

Alfonso ha sido mucho para *El Ciervo*. Vino cuando era estudiante y, con otros compañeros y amigos, dio a la revista y a los que les llevábamos ocho o diez años, el impulso exigente de la juventud que, en el aprendizaje, desborda en entusiasmo y sentido de la aventura todas las previsiones. Lo que para él fue la revista él mismo lo ha dicho, pero lo que él fue para los demás y para la revista misma estoy por decir, y lo digo con una sonrisa de nostalgia, *demasié*.

Alfonso exploró en pocos años todos los horizontes. Leyó, viajó, habló, y trajo a estas páginas todo lo que iba encontrando. Descubrió al abbé Pierre en Francia y a Dolcei en Italia, estuvo con Lanza del Vasto y con el obispo Ancel de Lyon, encontró a los hermanos de Foucault en Farlete. Se nutrió de Bernanos y Péguy, siempre de un modo muy personal, apasionado y selectivo, estuvo con el padre Llanos y con el SUT (Servicio Universitario de Trabajo), trató de compaginar su estudio y profesión de ingeniero industrial con su vocación personalísima, y de todo ello hay en la colección de esta revista cosecha abundante.

Hacia 1950, o quizá antes, escribió aquí una autocrítica, que lo era de la revista, pero sobre todo que reflejaba la angustia de unos límites en la acción que él sentía como asfixiantes. Al distinguir entre talante intelectual y talante social, recogiendo algo de Aranguren, indicaba discretamente que se proponía traspasar una frontera y hasta invitaba a acompañarle en la aventura.

Alfonso desembocó en la política de un modo muy suyo, y me parece claro que ha sido político de un modo muy personal. Desembocó como un buque fluvial, siguiendo la corriente, desemboca en el océano; pero, para maravilla de todos, no se perdió en él y siguió siendo un testigo y, como otros antes, un "peregrino de lo absoluto". No creo que vuelva a haber otro como él, aunque otros puedan sustituirle en el lugar en que él estuvo y mantener su tesis de cristianos en el partido (comunista), comunistas en la Iglesia (católica).

Este tema, que sin duda se presta a la discusión, los que le conocimos bastante a fondo (decir mucho sería demasiado, para una personalidad tan rica y profunda) inevitablemente lo hemos de ver de una manera distinta de los que no lo tuvieron como amigo. En este país, además, todos tenemos, si hurgamos un poco, raíces o liberales o carlistas. Las mías son liberales, pero no me impiden comprender y respetar la vigorosa savia popular y el sentido de lo absoluto que Alfonso había recibido ya en sus raíces familiares carlistas. No es tan ilógico que, *mutatis mutandis*, como decíamos en las aulas de los jesuitas, su afán de eficacia y de comunión le llevara a lo que él entendía como movimiento obrero disciplinado y coherente, aunque en su seno sintiera y expresara el testimonio no menos exigente de su libertad interior.

Alfonso ha sido un hombre de acción. Hoy hay muchos. Y ha sido un contemplativo. Y de eso ya no hay tantos. Sin el sentido de la contemplación, del dolor, del perdón, de lo más misterioso y trascendente que hay en el cristianismo, Alfonso no hubiera sido —para muchos al menos— el que era y, vamos a decirlo desde la fe, el que es. Era hombre para discutir, y a mí mismo eso no me disgusta. Pero ahora me doy cuenta de que apenas discutimos personalmente. No sería tanto por afecto, pues el afecto no impide discutir, como por respeto. A Alfonso había que respetarle, y él también sabía respetar. Y había que respetarle no sólo por su desinterés, limpieza, profundidad, incandescente entusiasmo interior, sino también por otras razones digamos religiosas.

Alfonso ha sido un testigo de la limitación de la vida humana, incluso de la vida más abnegada y de la vitalidad más desbordante. La palabra de Alfonso, y también su acción, era siempre una cita en el más allá, una referencia a algo que nos desborda y que relativiza todo lo de acá. La enfermedad, llevada con una dignidad excepcional, le hizo aún más consciente de esto que siempre había comprendido. Y en el fondo de sus juicios sobre hechos, cosas y personas, a veces bien absolutos, había siempre un punto de silencio, una religiosa vacilación, una rápida sonrisa que remitía a sobreentendidos religiosos: sólo Dios es bueno, sólo Dios sabe.

Y esto es lo que muchos de nosotros empezamos a compartir con él —esas creencias, esas esperanzas, esas complicidades difíciles de expresar— en los años cincuenta, y no hemos dejado de compartir nunca. En una inolvidable estancia en Polonia, hace bien pocos años, tuvimos Rosario y yo ocasión de oírle testimonios conmovedores de esa comunión en las fuentes de las que surgió esta revista un día. Si aquí encontró algo, en la laboriosa amistad de los años jóvenes, puso mucho y mucho ha dejado. Hoy podemos sonreír de aquellos debates que vinieron luego sobre la "democracia parlamentaria" —rodeados de dictadura por todas partes—, cuando la democracia parlamentaria parecía a muchos algo superado y de derechas. Comunista y todo, ha venido a ser el único diputado del grupo de íntimos de entonces. Son las pequeñas ironías de la vida, que Alfonso sabía comprender, y sonreír.

Lo que sólo nos invita a callar, en el silencio de una comunión profunda, es todo lo demás, lo que hacía Alfonso, como dice José María Valverde en este número, un santo. El también sonríe de esto, claro. Pero es porque recuerda que sólo Dios es santo. Eso él siempre lo tuvo presente y lo vivió en su pasión personal. Lo que es seguro es que Alfonso no ha vivido en vano. Ni en vano pasó entre los que hemos estado y seguimos en *El Ciervo*.

LORENZO GOMIS

EN ESTE NUMERO

ALFONSO C. COMIN Págs. 8-20

Premio El Ciervo
LA FUNCION PUBLICA COMO
SERVICIO PUBLICO

Ana María Viguera Págs. 24-26

Conversación

LA ADMINISTRACION PUBLICA EN
UNA SOCIEDAD DEMOCRATICA

Francisco J. Puig Rovira, Pascual Maragall,
Antonio Muntañola, José Ma. Vallés,

Ana Ma. Viguera Págs. 27-35

Encuesta

¿QUE INSTITUCIONES ASUMEN
RESPONSABILIDADES EN ESPAÑA?

¿ES EXCESIVA LA INFLUENCIA
DE LOS PARTIDOS?

Nazario González, Amando de Miguel,
Esteban Pinilla de las Heras Págs. 36-38

En el centenario del nacimiento
de Apollinaire

FLOR DE CALIGRAMAS

Joaquim Sala Sanahuja Págs. 39-40